

A woman with long brown hair, wearing a dark red, short-sleeved, button-down dress, is shown from the waist up. She is holding a black mobile phone to her ear with her right hand and has her left hand pressed against her forehead, suggesting stress or worry. She is looking down and to the left. The background is a plain, light-colored wall. In the foreground, there is a colorful, patterned bag or piece of fabric.

ANIMALES  
HERIDOS  
ELISENDA  
ROCA

Elisenda Roca



Animales heridos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Animals ferits*

© Elisenda Roca, 2022

Autora representada por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria

© de la traducción, Elisenda Roca, 2022

© Edicions 62, S. A.

© de esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: octubre de 2022

Depósito legal: B. 14.084-2022

ISBN: 978-84-08-26495-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Antón llega a la cima de la colina resoplando. Cada día tarda más en hacer el recorrido. Ya no tiene edad para escalar montañas, le repite siempre Bel, su sobrina. ¿Qué más le da a ella lo que hace o deja de hacer? ¡Para lo poco que lo visita! Y, cuando va, no para de contradecirle y de reprocharle que si esto, que si lo otro. «Ya no tiene edad, tío, ya no tiene edad para vivir solo, ya no tiene edad para trabajar, ya no tiene edad para...» ¡Qué pesada es Bel, ni que ella fuera tan joven! Se casó con ese extranjero, un alemanote, y huyó lejos del pueblo, como si se avergonzase, como si la molestara.

A él no le fallan las piernas, conserva la memoria para las cosas importantes y, a diferencia de su sobrina, no necesita usar lentes ni para leer ni para ver de lejos. Ha pasado dos guerras y las ha sobrevivido. Vive solo. Hace tiempo que no celebra ningún cumpleaños. La edad no pesa si no la celebras.

Lo que más le estremece es que Bel le insista en

que le iría muy bien contratar a una persona que lo cuide. Antón no quiere extraños en casa y le horroriza imaginarse a un desconocido metiendo las narices en cualquier rincón, controlando sus movimientos, fiscalizando su vida. La cargante de su sobrina dice que solo se preocupa por él, que no la haga sufrir, que a su edad debería jubilarse de verdad, detenerse. ¿Qué pretende? ¿Recluirlo en casa o en una de esas residencias que son cementerios para viejos? ¿Hay una edad para renunciar a todo? Él nunca se ha rendido, nunca ha tirado la toalla. Cuida de su parcela y necesita tocar la tierra.

Ayer mismo, en el bar de la fonda, mientras observaba a los cuatro de siempre jugándose los cuartos a la manilla, uno le preguntó la edad. No supo qué responderle y murmuró cualquier cosa. Ni él mismo recuerda cuántos años tiene. Muchos. Todos.

Se pone las dos manos sobre la frente, a modo de visera, y contempla con sus ojos de halcón el paisaje que conoce tan bien. A aquella hora de la mañana cae un bochorno que hace temblar los campos segados. El calor no lo asusta. Está acostumbrado a la canícula. Estas tierras tienen un clima riguroso, un calor sofocante y un frío solo apto para los valientes.

Desde que nació sabía a qué se dedicaría, cuál sería su oficio. No porque él lo hubiera decidido, sino porque era lo obligado. Sin discusión. El ofi-

cio del padre y del abuelo y del bisabuelo tenía que ser el oficio del pequeño Antón. Eres el primogénito. Heredarás la tierra, heredarás el oficio. Recuerda al padre, Toño, y al abuelo, Antonio, enseñándole cómo se sometían las ramas de los almece para que crecieran en los árboles adquiriendo la forma que les iban dando. Las doblegaban, aún tiernas, para que creciesen según mandaba la tradición. Como el chico de casa, doblegado y enderezado desde muy pequeño. Un oficio a punto de extinguirse, tal vez como él. Horquero. Ya no queda ninguno en el país. Solo Antón. ¿Quién quiere horcas hoy en día? Nadie. Lo que antes era un oficio ahora lo llaman artesanía.

Cada año monta su parada en la feria agrícola y ganadera del pueblo. Cuelga horcas de todos los tamaños y extiende sobre el mostrador las más chiquitas. Cada año ve cómo los niños les reclaman una a sus padres, y cada año oye cómo los mayores advierten a los pequeños que es una herramienta peligrosa y que pueden hacerse daño. Cada año explica a los nostálgicos de la ciudad, amantes de las cosas caducas, para qué se usaban, y cada año les cuenta cómo las hace, domando cada rama del árbol, y cada año sonrío cuando los objetivos de las cámaras immortalizan su rostro surcado de arrugas, y cada año regresa a su casa con la furgoneta llena de horcas. Hasta el año próximo, que repetirá el ritual. Sin demasiada suerte.

En la cima de la colina, se sienta en la roca habitual. Es su trono. Es un peñasco pulido, sin aristas. Con un gesto mecánico, saca una petaca de piel gastada, la abre y toma un puñado de picadura que deposita en la palma de la mano; guarda la petaca y, con destreza, abre el paquete de papel de liar tabaco; lame el índice, coge uno y lo pone encima de la picadura. Lo hace mecánicamente, como de costumbre, mirando el valle infinito. Con una sola mano enrosca el fino papel, le pasa la lengua y pone el cigarrillo entre sus labios.

A punto de encenderlo, se da cuenta de que algo no marcha bien. ¿Qué narices es aquella tierra pelada, aquella calva inmensa, allá, en medio del bosque? ¿Dónde están sus almececes? Parpadea perplejo. De un salto, se levanta y comienza a correr pendiente abajo. Corre enloquecido. Los guijarros del camino resbalan bajo las suelas de cáñamo de sus alpargatas. Un mal paso hace que tropiece y le va de un pelo no darse un batacazo. «¡*Cagüen* diez! ¡*Mecagüen* Satanás! ¡La madre que los parió! —va maldiciendo en voz baja—. Para, Antón, para, o te partirás los huesos y te romperás la crisma», piensa. A medio camino, inmóvil, el corazón le late tan fuerte que le duele el pecho.

No están. Definitivamente, no están.

Sus árboles, arrancados de raíz.

Una semana.

Solo ha estado una semana en cama por una

maldita gripe que lo ha paralizado durante siete malditos días. Con mirada desconcertada, desvalida, se acerca, tambaleándose, a un gran cartel que anuncia la construcción inminente de una línea de media tensión. Proyecto del gobierno, dice la inscripción con letras grandes, catastróficas. Ni un almez, no queda ni uno. Pero ¿qué se han creído estos del gobierno? ¿Cuánto tiempo han estado urdiendo esta actuación? ¿Por qué nadie le ha consultado nada? ¡Panda de gánsteres! Ni un comunicado, ni una llamada. Nada de nada. Su tierra, sus árboles ya no existen. Él no ha dado permiso, no ha firmado nada. ¡Este alcalde repugnante es un cacique! ¿Cómo se ha atrevido? Ya de pequeño, todos hablaban de la mala baba que tenía el zagal. ¡Maldita sea su estampa!

Nota que la fiebre le vuelve a subir.

Anda como un autómata hacia su casa. La cabeza le arde, primero de indignación, después de determinación. Se acabó.

No es consciente de cuánto rato ha tardado en llegar y en introducir la llave en la cerradura. Por primera vez le pesaban las piernas como si llevase un lastre atado en sus tobillos.

Entra a oscuras. En verano, siempre cierra las contraventanas porque el calor y el bochorno no son bienvenidos. El viejo caserón tiene gruesas paredes de piedra que lo aíslan del rigor del clima. Antón no enciende la luz. Conoce al dedillo la geo-



grafía de su casa. No le hace falta ir a tientas, avanza con seguridad. Sube la escalera hacia su dormitorio.

Entra.

Observa la habitación en la penumbra. Nota cómo las pupilas se dilatan y comienza a distinguir aquellas formas que siempre han estado allí, esperando cada regreso. Tampoco hay demasiado que ver. La alcoba es austera. La cama, el armario, la cómoda, la butaca y nada más. Con cuidado, cierra la puerta, guarda la chaqueta en el armario y se pone la americana de vestir, la única que tiene y que le queda grande, y una corbata. Se sienta en la butaca y cambia sus alpargatas por los zapatos de piel, tan lustrados que parecen nuevos.

Abre el cajón de la mesita de noche, coge un sobre amarillento, lo abre y saca una fotografía.

Ella lo mira intensamente, siempre joven. Él la besa y la retorna al sobre, donde hay escrito un nombre de mujer: Ana. «Querida Ana Molins», piensa. Después lo introduce en el bolsillo con sus últimas voluntades.

Sin prisa, se tumba en la cama. No puede recordar el día en el que nació, pero acaba de decidir el día en el que debe morir.

Y cierra los ojos dejando que la vida se escape sin oponer resistencia.